

LA ROTONDA

| Jorge Villarroya Greschuhna

Productividad y bienestar

Tal como se está planteando desde el Gobierno, la reducción de la jornada laboral perjudicará la productividad de las empresas. Y la productividad es la clave del crecimiento económico y de la política social

Las posibilidades de la política social dependen de la mejora continua de la productividad. Solo a través de esta última es posible sostener una tasa de crecimiento económico que logre una mejora en el bienestar de todos los ciudadanos. En otras palabras, no hay política social sin crecimiento económico y, en el caso de España, sin incremento del nivel de

empleo. Ahora bien, el crecimiento del empleo por sí mismo no garantiza mayor bienestar si no supone una mejora de la productividad económica del país.

No es casualidad que las empresas más productivas sean las que en mayor medida pueden crecer en facturación y, por ende, mejorar las condiciones laborales de sus empleados. No es un mayor ta-

maño empresarial el que impulsa en la gran mayoría de los casos una mayor competitividad, sino al revés: crecen las empresas más competitivas, que son las que mayor productividad exhiben.

Sin embargo, los debates que se han abierto sobre la reducción de la jornada laboral no van en la buena dirección, sino todo lo contrario. Los acuerdos de gobierno en este aspecto tampoco parece que tengan detrás un fundamento con mucho sentido. Por supuesto que, como empresario, y también como ciudadano, creo que la reducción progresiva de la jornada laboral es un objetivo social de primer orden, pero que exclusivamente puede tener sentido si va de la mano de un crecimiento de la productividad y la competitividad, tanto de las empresas como de las Administraciones públicas. Solo así es posible configurar una política social sostenible.

De la misma forma que no puede hacerse política social sin recursos económicos, la propia recaudación impositiva depende de que el tejido productivo de un país sea capaz de mantener altos niveles de productividad. De lo

contrario, en un mundo global, las perspectivas de bienestar a medio y largo plazo serán imposibles de implementar.

El crecimiento de la economía española sigue sorprendiendo, y para bien. Pero no puede perderse de vista que este crecimiento se está sustentando en sectores que tienen más difícil, por su propia naturaleza, lograr ganancias de productividad. El turismo es un buen ejemplo.

Además, el propio crecimiento en los últimos años se está fundamentando en un robusto aumento del número de empleos, pero no así de las horas efectivas trabajadas. Si a lo anterior se suma el insostenible nivel de absentismo, no podemos sorprendernos de que nuestro país esté a la cola en productividad por ocupado en la Unión Europea.

Por todo ello, y precisamente en este contexto, debemos ser capaces de aprobar e implementar reformas que estimulen la inversión pública y privada, de cara a asentar los pilares sobre los que cimien-

tar el crecimiento económico a futuro. Porque, desgraciadamente, la economía española es menos resistente que las de otros países a los embates de las crisis, que siempre sucederán. Y más aún, en el contexto geopolítico actual.

«Debemos ser capaces de aprobar e implementar reformas que estimulen la inversión pública y privada, de cara a asentar los pilares sobre los que cimentar el crecimiento»

La reducción de la jornada laboral, tal y como la está planteando el Gobierno, no parece el mejor camino para fortalecer el tejido productivo. De la fortaleza del sector empresarial, en definitiva, es de la que dependerá la viabilidad de la política social que todos deseamos para nuestro país.

Jorge Villarroya Greschuhna es presidente de la Cámara de Comercio de Zaragoza